

CAPÍTULO OCHO

El Encarcelamiento de Pablo en Roma

Lucas nos informa que Pablo y algunos otros prisioneros fueron entregados a un centurión llamado Julio. Este oficial romano, que pertenecía al regimiento imperial, era el responsable de transportar a estos prisioneros a Roma.

La palabra “centurión” se refiere a un oficial encargado de 100 soldados. Hay más de 20 referencias a centuriones en las Escrituras del Nuevo Testamento. Parece que cada uno de estos hombres tenía integridad y era de buen carácter.

- Leemos en Mateo 8:8-13 y Lucas 7:1-10 acerca de un centurión que vino a Jesús y le rogó que sanara a su siervo. Los judíos lo querían porque les había construido una sinagoga. Jesús también se maravilló del centurión, y dijo que ni aun en Israel había hallado tanta fe.
- En Mateo 27:54, Marcos 15:39, y Lucas 23:47, el centurión que presenció la muerte de Jesús, dijo que era un hombre justo y que verdaderamente era el Hijo de Dios.
- En Marcos 15:44, 45, Pilato no creía que Jesús ya había muerto hasta que escuchó la noticia de un centurión.
- En Hechos 10 se nos dice que un centurión que se llamaba Cornelio era el primer gentil que se entregó a Cristo sin estar primeramente bajo la ley judía.
- En Hechos 22:25 y adelante se nos cuenta de un centurión quien avisó al tribuno que Pablo era ciudadano romano y así evitó que Pablo fuera azotado.
- En Hechos 24:23, el gobernador Félix dejó a Pablo para ser custodiado por un centurión, pero mandó que se le concediera alguna libertad, dejando a los suyos que le sirviera.
- Finalmente, nos encontramos con el centurión que se llamaba Julio quien acompañó a Pablo hasta Roma. Él, también, era un hombre de honradez, y a Pablo le salvó la vida (Hechos 27:43).

Aunque habían muchos pasajeros en la nave, solo unos pocos son mencionados por nombre: el centurión que se llamaba Julio, Pablo, y Aristarco, un macedonio de Tesalónica (Hechos 27:1). Sabemos que Lucas también estaba presente porque siempre usaba “nosotros” para describir lo que sucedía en su viaje. (Véase Hechos 27:2, 4, 7, 15, etc.)

Comenzaron su viaje en una nave adramitena (Hechos 27:2), pero cuando llegaron a Mira de Licia, embarcaron en una nave alejandrina que zarpaba para Italia. Esa nave podía acomodar a 276 pasajeros además de su carga (Hechos 27:37).

El Naufragio

Una serie de eventos comenzaron a presentarse sobre los cuales Pablo no tenía poder. Cuando llegaron a un lugar que se llamaba Buenos Puertos, Pablo tenía una premonición que habría dificultades si zarparan. Trató de convencerles que pasaran el invierno allí. Sin embargo, el centurión hizo caso al piloto y al patrón de la nave y decidieron zarpar a Fenice. Fue una decisión con resultados catastróficos terminando en la pérdida de la nave y su cargamento. No obstante, Dios usó el pobre discernimiento de estos hombres para hacer llegar el Evangelio a una isla que se llamaba Malta. Es importante recordar que nuestro Dios soberano controla todas las cosas, aun el viento y las olas.

Y soplando una brisa del sur, pareciéndoles que ya tenían lo que deseaban, levaron anclas e iban costeano Creta y entonces un viento huracanado dio contra la nave. Para los hombres que guiaban la nave, ella estaba “fuera de control”. Pero no estaba fuera del control de Dios. Dios guiaba esa nave precisamente al lugar donde Él quería que estuviera. Pablo lo contó así: **“Porque esta noche ha estado conmigo el ángel del Dios de quien soy y a quien sirvo, diciendo: Pablo, no temas; es necesario que comparezcas ante César; y he aquí, Dios te ha concedido todos los que navegan contigo. Por tanto, oh varones, tened buen ánimo; porque yo confío en Dios que será así como se me ha dicho. Con todo, es necesario que demos en alguna isla.” (Hechos 27:23-26)**

La nave había sido llevado a través del mar Adriático 14 días. Debido a las nubes, no habían visto ni el sol ni las estrellas durante este período, y por eso no tenían idea de la posición de la nave o a dónde iba. Sin embargo, como ya hemos dicho, desde la perspectiva de Dios, “no se habían perdido”. La tormenta les empujaba al lugar exacto donde Dios quería que estuvieran.

Aunque los marineros no podían navegar, hicieron todo lo posible para que la nave no naufragara o que no se quedara abandonada en las arenas movedizas de Africa del Norte. La Biblia dice:

- Subieron a bordo el esquiife.
- Lo usaron de refuerzos para ceñir la nave.
- Arriaron las velas y quedaron a la deriva.
- Empezaron a aligar la nave.
- Arrojaron los aparejos al mar.
- Como los marineros mencionados en el Salmo 107:27, habían perdido toda esperanza de salvarse.

Cuando se acercaban al destino que Dios les había escogido, sospechaban que estaban cerca de tierra. Alrededor de medianoche, echaron la sonda y hallaron 36 metros de profundidad. Más adelante, volvieron a echar la sonda y hallaron 27 metros de profundidad. Temiendo dar en escollas, echaron 4 anclas de la popa, y ansiaban que se hiciese de día.

En este momento, los marineros procuraron huir de la nave. Bajaron un esquiife, aparentando como que querían alargar las anclas de proa. Pablo, o por revelación divina o por sus propias observaciones cuidadosas, se dio cuenta que estos hombres trataban de escapar de la nave. Sabiamente, Pablo no dijo nada a ellos, pero advirtió a su amigo, el centurión, que si ellos no permanecieran en la nave, no podrían salvarse. Entonces los soldados cortaron las amarras del esquiife y lo dejaron perderse.

Entonces Lucas escribió: **“Cuando comenzó a amanecer, Pablo exhortaba a todos que comiesen, diciendo: Este es el decimocuarto día que veláis y permanecéis en ayunas, sin comer nada. Por tanto, os ruego que comáis por vuestra salud; pues ni aun un cabello de la cabeza de ninguno de vosotros perecerá. Y habiendo dicho esto, tomó el pan y dio gracias a Dios en presencia de todos, y partiéndolo, comenzó a comer. Entonces todos, teniendo ya mejor ánimo, comieron también.” (Hechos 27:33-36)**

Cuando se hizo de día, hicieron tres cosas a la vez. Cortaron las anclas, largaron las amarras del timón, e izaron al viento la vela de proa. Como ya hemos mencionado, los soldados querían matar a los prisioneros para que ninguno se fugase nadando. Fue el centurión que quería salvar a Pablo, y les impidió este intento de matarlos. Los que podían nadar, fueron ordenados a echarse al agua y los demás agarraron tablas y cosas de la nave. Y así aconteció que todos se salvaron saliendo a tierra.

Pablo en la Isla de Malta

La isla de Malta está ubicada entre Sicilia y Africa. Tiene aproximadamente 29 kilómetros de largo y 13 kilómetros de ancho. Alrededor de 218 a.de C., llegó a ser dominada por los romanos y con tiempo llegó a disfrutar de amplia prosperidad, civilización, y riqueza. No solo era una localidad estratégica, sino también estaba dotada de buenos puertos.

Los naturales eran muy amables, y por las lluvias y el frío, encendieron un fuego y dieron la bienvenida a todos. Pablo recogía ramas secas para el fuego cuando una víbora, huyendo del calor, se le prendió en la mano. Cuando los naturales vieron la víbora colgando de su mano, se decían unos a otros: Ciertamente este hombre es homicida que, aunque se ha escapado de la mar, la justicia no lo deja vivir. Cuando Pablo no se hinchó, ni cayó muerto, cambiaron su pensar y concluyeron que era un dios.

El hombre principal de la isla se llamaba Publio. Él tenía propiedades cerca y Lucas dice que “nos” recibió y hospedó solícitamente tres días. Parece obvio que ese hombre no tenía todos los 276 pasajeros en su casa, y por lo tanto, la palabra “nos” probablemente se refiere a un grupo selecto de pasajeros importantes.

El padre de Publio estaba en cama, enfermo de fiebre y disentería. Aunque Lucas era médico, parece que en este caso, no fue consultado. Más bien, Pablo oró, le impuso las manos, y sanó al padre de Publio. Hecho esto, los otros en la isla que tenían enfermedades, vinieron y fueron sanados.

El énfasis del ministerio de Pablo ni estaba en sabiduría humana, ni en excelencia de palabras, sino en el poder de Dios. Por favor, considere estas palabras inspiradas que él escribió a los corintios: **“Así que, hermanos, cuando fui a vosotros para anunciaros el testimonio de Dios, no fui con excelencia de palabras o de sabiduría. Pues me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado. Y estuve entre vosotros con debilidad, y mucho temor y temblor; y ni mi palabra ni mi predicación fue con palabras persuasivas de humana sabiduría, sino con demostración del Espíritu y de poder, para que vuestra fe no esté fundada en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios.”** (1 Corintios 2:1-5)

Pablo Llega a Roma

Después de pasar los tres meses del invierno en Malta, ya pudieron navegar de nuevo. Pablo y su compañía zarparon en una nave Alejandrina que había invernado en la isla. Pararon en Siracusa y se quedaron allí por tres días. Entonces zarparon hacia Regio, y después llegaron a Puteoli. Allí encontraron a algunos hermanos y se quedaron con ellos siete días. El centurión romano, encargado de cuidar a Pablo, obviamente hacía todo lo posible para acomodar al gran apóstol.

Otros hermanos en la fe se enteraron que Pablo venía y viajaron hasta el Foro de Apio y las Tres Tabernas para recibirle. Al verlos, Pablo dio gracias a Dios y cobró aliento.

Pablo Permitido Vivir Aparte

Lucas dice que Pablo fue permitido “vivir aparte” y nos recuerda que también había un soldado allí para cuidarle (Hechos 28:16). Más tarde Lucas explicó que Pablo alquilaba la casa donde permaneció por dos años. Aunque Pablo vivía en su propia casa alquilada, aun era un prisionero romano, y constantemente estaba en cadenas.

Durante los dos años de prisión, Pablo escribió cuatro epístolas inspiradas que ahora forman parte de la Biblia. En todas estas cartas él hace referencia a sus “cadenas”. (Véase Efesios 6:20; Filipenses 1:7, 13, 14, 16; Colosenses 4:3, 18; Filemón 1:10, 13).

Sin embargo, el hecho de que Pablo tenía su propia casa alquilada, le dio una gran oportunidad de predicar el Evangelio. La gente podía entrar y escuchar sin ningún impedimento (Hechos 28:30). Dado que estaba constantemente cuidado por soldados romanos, se convirtieron algunos de la casa de César (Filipenses 4:22).

Pablo y los Judíos

Pablo muy a menudo se referió a su herencia judía. Aunque era un apóstol a los gentiles, siempre predicó primeramente a los judíos cuando se presentaba la oportunidad. (Véase Romanos 1:16). También, el libro de los Hechos confirma que cada vez que Pablo llegó a una nueva ciudad, lo primero que hizo era buscar a los judíos para contarles la historia de Jesús. La persecución de Pablo por los judíos es notorio – cinco veces recibió azotes de los judíos, tres veces fue azotado con varas, y una vez fue apedreado y dejado por muerto (2 Corintios 11:24, 25). Fue expulsado de Damasco, Jerusalén, Antioquía, Iconio, Listra, Tesalónica, y Berea. En Corinto, Pablo descubrió que los judíos le habían puesto asechanzas (Hechos 20:3), y en Jerusalén más de 40 judíos hicieron voto de no comer ni beber nada hasta que le hubieran matado (Hechos 23:12, 13). Era un complot de los judíos para matar a Pablo que le causó apelar su caso a César. Sin embargo, a pesar de su odio por él, Pablo les amaba.

Por favor, considere en oración estas palabras inspiradas de Pablo: **“Verdad digo en Cristo, no miento, y mi conciencia me da testimonio en el Espíritu Santo, que tengo gran tristeza y continuo dolor en mi corazón. Porque deseara yo mismo ser anatema, separado de Cristo, por amor a mis hermanos, los que son mis parientes según la carne; que son israelitas.” (Romanos 9:1-4)**

Nótese que estas palabras vienen de la carta de Pablo a los romanos que él había dictado unos pocos años antes. De hecho, su carta a los romanos está llena de enseñanzas acerca de los judíos y las promesas de Dios a Israel. Pablo consideró las promesas de Dios a Israel como válidas y que la salvación de los gentiles tuvo el propósito de provocar a celos a los de Israel (Romanos 10:19; 11:11).

CAPÍTULO NUEVE LAS EPÍSTOLAS ESCRITAS DESDE LA CÁRCEL

Durante los dos años enteros cuando Pablo era un prisionero en su propia casa alquilada en Roma (d. de C. 62-63), escribió cuatro epístolas, Efesios, Filipenses, Colosenses, y Filemón, que ahora forman parte de las Escrituras del Nuevo Testamento. Durante esos dos años, Pablo dió la bienvenida a todos los que a él llegaron y habló con denuedo y sin ningún impedimento acerca del reino de Dios y el Señor Jesús. Aunque Pablo estaba en cadenas, no fue así con la Palabra de Dios. Entonces, esos dos años se encuentran entre los más productivos de su ministerio entero. Además de estas epístolas inspiradas, enseñaba a mucha gente y se convirtieron Onésimo (Filemón 1:10) y los soldados de la casa de César (Filipenses 4:22). Sus cadenas aún animaron a los hermanos en Roma que se atrevieran mucho más a hablar la Palabra de Dios sin temor (Filipenses 1:14). El orden exacto en el cual fueron escritas estas epístolas durante el encarcelamiento de Pablo no es tan claro. Es posible que Efesios, Colosenses, y Filemón fueran escritas al mismo tiempo y entregadas durante el mismo viaje. Al comparar Colosenses 4:7 con Efesios 6:21,